

Carlos M. Federici

MEMORIAS DEL OTRO SIGLO

¡Solo en Punta del Este!

Presentación

Mis muy estimados lectores:

Heme aquí, luego de cierto lapso “sabático”, nuevamente con ustedes, para presentarles este extracto de lo que he dado en llamar “Memorias del otro siglo”: la serie de relatos publicados en forma de folletín semanal en el desaparecido periódico “El Diario”, de Montevideo... Me ha parecido pintoresco reproducir, a modo de introducción, la promoción que en la ocasión los editores del referido órgano de prensa estimaron oportuno ofrecer, empleando ese lenguaje en parte hiperbólico y en parte sugerente que suele utilizarse a fuer de atractivo para los hipotéticos lectores...

- Un misterioso asesinato**, que turba la paz del balneario puntaesteño;
- Sórdidos secretos** ocultos en el pasado de un hombre;
- Un escritor policial metido a detective**, con el velado afán de superar la inepta pesquisa de un comisario desorientado;
- Oscuras intrigas** urdidas en torno a la fortuna de un maduro señor y a la belleza de una jovencita...

E STOS no son sino algunos de los ingredientes que nos brindará el nuevo “cocktail” narrativo preparado por nuestro colaborador, Carlos M. Federici, obviamente resuelto a sorprendernos con cada sucesiva entrega de su pródigo venero literario... Al solicitarle que nos anticipe algo acerca de este relato, que comenzará a publicarse muy pronto en nuestras páginas, el autor nos responde, a través del hilo telefónico:

—Posiblemente *Solo en Punta del Este* impresione como un tanto diferente, si se compara con mis colaboraciones previas. En primer término, por causa de su brevedad: ¡en solo siete capítulos la historia se resuelve, aclarando todas las incógnitas y dejando al descubierto hasta el último misterio! Los lectores de natural impaciente —y no han de ser pocos, habida cuenta de los tiempos frenéticos que nos toca compartir— estarán de parabienes; aquellos que, por el contrario, prefieren “masticar” más las situaciones, complaciéndose en la descripción minuciosa y en el diálogo elaborado, deberán optar, en esta ocasión, por estudiar las ilustraciones... ¡Es muy factible que encuentren en ellas elementos adicionales en que ejercitar su perspicacia!

”Por otro lado, advierto de antemano a mis fieles lectores de antigua data —aquellos que recuerdan *La orilla roja*, de 1976—, que ahora la tónica varía. En realidad, *Solo en Punta del Este*, más que una secuela de la otra obra —a pesar de que alguna vez así se la publicite—, deberá entenderse como una suerte de *sátira* a la misma.



Una sátira, por descontado, que no puede sino ser amable, en tanto que los dardos van dirigidos —un sí es no es masoquísticamente— al propio autor, de parte de sí mismo... Y algo más: campea en este cuento un marcado afán verista: lugares y personajes típicos de "La Punta" asoman por doquier. ¡El mismísimo certamen de "Reina de Punta del Este" juega un papel de relevancia en la trama! Asimismo, una particular situación (que en su momento ocupara las columnas de los diarios), proféticamente anticipada en mi ficción —escrita esta antes de que trascendiese un hecho similar, ocurrido en la realidad—, es otro de los componentes básicos de la historia.

"...No, no voy a revelar nada más al respecto. ¡Estropearía la diversión de mis lectores... y ella es, justamente mi máxima aspiración y a la vez el mejor premio a mis esfuerzos como autor!

SEGÚN el folleto turístico, recordé, en sus comienzos “la Punta” había sido una isla, a lo que parece “favorita” de los indios de la región. Paulatinamente, sin embargo, los médanos habían completado su obra, uniendo la ínsula al continente, con el resultado de contaminarla sin remedio con la virosis del tiempo “futurizado”...

—¿Usted fue el que lo encontró?

Asentí con la cabeza. Para mis adentros taché a Noriega de impertinente. ¡Un comisario de los de mi cosecha jamás habría pecado de tal imperdonable inoportunidad! ¿Qué pretendía con eso de interrumpir mis reflexiones?... En fin, yo había escrito *Marea carmesí* varios años atrás y me había tomado cuantas libertades se me antojaron en la pintura del ambiente. Este Punta del Este real y concreto, que tan solo ahora —y gracias a un par de jugosos contratos de edición negociables en dólares— venía a conocer *in vivo*, por cierto que no se parecía gran cosa al de mi novela.

Lo cual, después de todo, era de esperarse, me dije.

—¡Mire qué casualidad esta, eh! —Noriega quiso mostrarse ocurrente. Me encogí de hombros. ¡Dios mío! ¿Alguna vez iban a aprender estos policías a conducirse como lo mandaban las reglas de la literatura?

La Mansa estaba dócil nuevamente, pese a que durante todo el día anterior el tiempo de la península se había mostrado desapacible, al grado de desalentar a los playeros más pertinaces. *Salvo excepciones*, apunté; y ahora admiré mi propio sentido de la ironía, sutil y refinado como correspondería a cualquier investigador privado de alta escuela.



Las olas acudían al encuentro de la playa en cauta sucesión, y el yerto cuerpo del viejo Brunswick obstruía su líquido albedrío...

EN SEGUNDO plano, un dúo de severos agentes uniformados contenía al reducido coro de curiosos. Las olas acudían al encuentro de la playa en cauta sucesión, y el yerto cuerpo del viejo Brunswick obstruía su líquido albedrío con la tensa pasividad propia de su condición. Sin duda una amenaza al fluir ecológico, pensé.

Noriega resopló. Estaba ridículo: todo un comisario, con pantalones de baño fantasía y el ensortijado vello de los muslos al aire. Sentí pena por él. Se encontraría metido en una verdadera trampa, ya que desde luego no cabía pensar en suicidio ni accidente, habida cuenta del orificio rojinegro que se apreciaba en el pecho del cadáver... *¡y sin la más ligera traza de arma homicida en las inmediaciones!*

Yo tampoco estaba cómodo. Por un lado, tenía los zapatos llenos de arena; por el otro, algo contenía aquella situación que tenía la virtud de acongojarme de forma singular.

Sorprendí el súbito fulgor en los pardos ojos de Noriega y me pareció que el Universo cedía bajo mis plantas. ¡Lo que estaba temiéndome!

—¡Oiga, viejo!... Sé que no me asiste ningún derecho a molestarlo con esto, pero... Dado que de alguna manera ya está involucrado, ¿no podría usted...?

—¡Bueno, yo no sé si...! —jadeé.

—¡Leí todos sus libros! ¿Sabía que tengo la colección completa de sus novelas..., encuadernadas y con letras de oro? ¡Vamos, si cada vez que las releo me admiro más de...!

—¡Me confunde con su amabilidad, comisario!

—¡No estoy diciendo más que la verdad, lisa y llana! ¿O acaso no coinciden los críticos y los lectores, en cuanto a que usted tiene la mente más aguda que se ha visto en varias décadas? Su rigurosidad es...

—Cuentos, comisario. Son solamente caprichos de mi imaginación. ¡No se deje engañar por la envoltura!

—Pero *Marea carmesí*... ¡Si creí estarla viviendo! Cuando aparece el cadáver de la chica en la orilla, al amanecer, y el poeta la encuentra y...

—Convencionalismo puro. Soy un profesional del convencionalismo, comisario Noriega. ¡Trabajo con frases prefabricadas! Fíjese: jamás había puesto un pie en estas costas, antes de esta semana. Para mi novela no hice más que “tocar de oído”, como vulgarmente se dice. ¿Qué opina de eso?

Redondeó los ojos. Era evidente que mi sinceridad lo había desarmado. Aproveché su guardia momentáneamente baja y procedí a emplear la artillería pesada. Tras doce minutos de mi mejor elocuencia, pude permitirme un recatado suspiro... Me había autoexonerado del engorroso compromiso.

—¡Lástima! —Noriega meneó la cabeza, al alejarse, y en voz progresivamente menos distinta le oí murmurar—: Conan Doyle al menos lo intentó con lo del “Mary Celeste”... (*)

A QUELLO debió hacer “clic” en mi ego. O posiblemente el clima alocado de la Punta se me había pegado. El caso es que ahí mismo, *ipso facto*, decidí emular al Gran Maestro.

Sólo que yo iba a ser más cauto que él...: trabajaría en absoluta reserva, por si acaso.

Me aparté para que los de la Técnica hicieran su labor. Supongo que debí haber puesto mis cinco sentidos en lo que estaba ocurriendo, ya que cuando menos me habría servido de fuente documental para eventuales relatos a

escribirse; pero en aquel instante mi atención se vio captada por algo diferente.

La suela de uno de mis zapatos acababa de tropezar con cierto objeto, pequeño y duro, semienterrado en la arena.

De improviso, sucumbí a un ataque de estornudos. Saqué mi pañuelo con tal descuido, en apariencia, que tuve que inclinarme a recogerlo del suelo. Cuando retornó al bolsillo, albergaba en el seno de sus dobleces una menuda llave chata que —¡lo proclamaba mi bendita intuición!— dispensaría sin duda el acceso a la Verdad Total.

Ahora empezaba el trabajo de rutina.

Yo había conocido algo al viejo Brunswick, el occiso, si bien no al grado que habría sido de desear. Pero con seguridad existiría quien estuviese algo más familiarizado con él...

Todo se reducía a ubicar a los involucrados: ni más ni menos que en mis tramas.

(*) Velero hallado al garete, sin un alma a bordo, en las inmediaciones del fatídico “Triángulo de las Bermudas”. Fue a fines del siglo XIX, y en circunstancias tan misteriosas que ni siquiera el célebre creador de Sherlock Holmes logró desentrañarlas.

DESDE la reposera, en la terraza, miraba hacia el horizonte en combustión. El mar parecía el mismo todavía, se dijo, aunque acaso las aguas actuales estuviesen bastante menos limpias, o bien sus propios ojos más enturbiados, que cuando se instalara allí por primera vez, siendo apenas más que un mozalbete.

Años... ¿Cuántos habían pasado ya?



Juntaba los párpados y se esforzaba en reconstruir aquella imagen que engalanara los espejos de 1944: arrogante barbilla, radiantes ojos celestes, áureos cabellos, una frente abultada y pálida, flanqueada de venillas retorcidas... *Wunderkind*, lo habían apodado y más de una vez se vio halagado por los poderosos. Pero él siempre había sido lo suficientemente avisado como para cederles los laureles y hacerse a un lado con ejemplar discreción... Ahora, aquellos jefes de entonces figuraban (infamemente) en la Historia, en tanto él, aquí en Punta del Este, seguía gozando de la buena vida que supiera procurarse. La altivez y el brío invernan bajo la apacibilidad del Buen Burgués Maduro, en tanto que la abovedada frente expandió sucesivamente sus fronteras, hasta violar la rala coronilla.

ERA UN fresco verano... La brisa vespertina se insinuó con picante agresividad sobre su torso descubierto. Quizás fuera prudente ponerse un suéter, pensó. A los setenta largos no resulta aconsejable coquetear con las corrientes de aire, si uno quiere estar en buena forma (sonrió) para entregarse a flirteos más sustanciosos.

Pero se encontraba tan a gusto en la reposera, a seis pisos de altura... El bullicio de las calles trepaba hasta su nivel, aunque lo hacía bajo el sublimado avatar de casi arrullo que le conferían por partes complementarias los veinte metros a contar desde la acera y el progresivo embotamiento de su oído. No se decidió a levantarse para ir en busca de la prenda de abrigo. De todos modos, se dijo, no podía ser más que una ráfaga... En realidad no hacía frío. Personalmente, de hecho, se sentía todo lo bien que cabía esperar, dadas las circunstancias.

Era indiscutible que las condiciones habían ido variando con el paso de las décadas, aun cuando debía admitir que en lo básico la península continuaba siendo la misma de siempre. Su singular situación geográfica y sus irrepetibles características de balneario único en el mundo no sufrieron cambios de entidad. Él había estado en los balnearios más famosos del viejo continente, y no habría trocado a Punta del Este por ninguno de aquellos.

En principio, no obstante, la razón fundamental de su afincamiento había sido la particular cualidad de aislamiento del lugar, lo cual, en los años cuarenta, lo había convertido en el sitio ideal para sus designios inmediatos. Por entonces, Europa quedaba a un mundo de por medio.

CON EL correr del tiempo, a medida que iba imponiéndose internacionalmente el renombre del balneario uruguayo, el aislamiento se desvaneció. Entonces Brunswick apeló al “camouflage”. Inmerso en una sofisticada Babel donde escandalosas “cola-less” alternaban con saris indostánicos en absoluto desprejuicio, se mimetizó, revistiéndose del anonimato de lo familiar.

El Rin, “jet” mediante, estaba ahora tan solo a unas cuantas horas de El Emir. Brunswick dejó su apartado chalecito y pasó a residir a una de las monstruosas “torres”, abscesos arquitectónicos brotados en la década del sesenta para asestar el golpe supremo a la prístina fisonomía de la Punta.

Todo el mundo llegó a conocer a “el austríaco” en las inmediaciones, y, según se permitía él suponer, todo el mundo lo apreciaba.

Minúsculas cordilleras encrespadas poblaron sus descubiertos brazos. Sintió que palidecía, y por fin se puso de pie para entrar a abrigarse.

No podía adivinar que su frío no obedecía a ningún fenómeno meteorológico..., ni tampoco concebía el oscuro instinto premonitorio que lo originaba...

— ¡Y QUÉ opina el novio?
Sonrió la chica, al tiempo que se echaba el pelo para atrás con mimoso ademán. Labat suspiró interiormente, aunque la estereotipada sonrisa disfrazó, como era de práctica, el colosal aburrimiento que lo embargaba.

—Bueno... —contestó la aspirante a Reina, no sin la más encantadora vacilación que pudo instilar a su bocadillo—, al principio Quique no estaba lo que se dice contento con la idea, viste... ¡Pero ahora ya lo convencí, y es mi “hincha” número uno!...

—¡Muy bien por Quique y por su estupenda comprensión! —Labat enfrentó a la cámara, fingiendo un entusiasmo rayano en el delirio—. *Verónica Vallejo... rubia, ojos verde mar, diecinueve años plenos de belleza, de juventud, de vida... ¡Una candidata a Reina que sin lugar a dudas hará honor al certamen!...* Desde los hermosos jardines del Cantegril Country Club, este canal continúa entrevistando para ustedes a las agraciadas chicas que habrán de competir por el tan codiciado cetro de Soberana absoluta de este balneario de fama internacional...

Hubo varias más, luego de Verónica Vallejo; las suficientes como para que Goyo Labat lamentase haber nacido. Pero el suplicio terminó por fin, y él se vio en libertad de salir disparado hacia su hotel.

La cita con “el austríaco” era a las veintiuna en punto; probablemente el viejo carcamal detestaría verlo llegar tarde... ¡Oh, diablos! ¡Si se le dieran bien los dados! De lograr echarle mano al succulento capital del veterano...

—*Money, money, money...!* —canturreó, al salir de la ducha.

Se vistió en un par de minutos: slip, camisa, pantalón y mocasines livianos. Le dio el toque de gracia a su peinada y luego apagó las luces de la habitación.

En el bolsillo de la camisa, su carta ganadora: la foto.

—Si fuera yanqui, cruzaría los dedos —murmuró, tras cerrar la puerta a sus espaldas— ¡Pero siendo de acá, me encomiendo a Santa Rita!

ERA UNA miseria humana cuando volvió, pasadas ya las diez. Había salido eufórico, barajando de antemano los proyectos más atrevidos; inclusive surgieron por algún recoveco de su mente imágenes de Labat, realizador de filmes comerciales, “Spotlight Producciones” (marca registrada), alguno que otro mediometraje con veleidades de festival europeo-tercermundista, el adiós final a la guaranguería televisiva, y...

El espejo del cuarto de baño devolvió un rostro lacio, cuya boca se hundía en las comisuras.

—¡Qué dolor de cabeza!.. —murmuró Labat a su lúgubre imagen.

Abrió el botiquín, con lo que el fantasma de sus rasgos osciló, desapareció de la vista y retornó después con idéntica expresión de desengaño. Una pastilla blanca se disolvió silenciosamente en un vaso de agua.

—¡Fui un idiota!... —dijo Labat en alta voz, mientras contemplaba el devastador e irreversible proceso de desintegración.

Tendido en la cama del dormitorio, minutos más tarde, se puso a mirar el

retrato de Verónica.

—¡Mi póliza de seguros! —...y rió con amargura.

Brunswick había hecho polvo en minutos todos los sueños de tantos años... El maldito viejo había resultado un verdadero diablo: tenía los cuatro ases en la manga, por así decirlo, aparte del comodín.

No era justo, pensó Labat. ¡Tan asquerosamente rico y tan egoísta!

—*¡Carcamal del demonio! ¡Un tiro sería poco para él!*

SIMÓN era el judío más simpático de cuantos conociera...Tenía el hábito de caminar algo inclinado hacia adelante, con lo que su medio siglo se acentuaba visiblemente, pero nunca dejaba de mirarlo a uno a la cara ni borraba aquella afable sonrisa de su boca.

No demostraba esa suerte de... impersonalidad en sus servicios, que era característica de la mayoría de los camareros del Country: se las arreglaba, en cambio, para hacerle sentir a uno que su obsequiosidad era, además de sincera, exclusiva. Pocos dejaban de agradecersele.

Por otro lado, sin embargo, Simón distaba de ser perfecto: le encantaba la chismografía y su ganchuda nariz era especialista en olfatear escándalos, que desde luego no perdía tiempo en divulgar.

Claro que el mirar de sus ojos era tan cándido que uno no llegaba a detestarlo por su vicio. Y después de todo (como alguna vez él mismo opinara, en tren de confidencia) a esta altura del Destape Total, ¿a quién le preocupaban las reputaciones?

A través de tal fuente nutrí mi acervo de informaciones. Fue así como supe de la vinculación de Goyo Labat, notorio locutor y animador de televisión, con el difunto Brunswick..., situación en torno a la cual, y un poco a la manera de Herodoto, me he permitido fantasear en páginas precedentes. (*)

—¿Y solo porque Brunswick no le facilitara los fondos que necesitaba — reflexioné en voz alta— Labat pudo llegar al extremo de...?

Simón dejó fluir una de sus típicas risitas "Iddish". Me puso la mano en el hueco del codo, no sin afecto y observó:

—Labat se marchó de Punta del Este hace día y medio... ¡Y los médicos opinan que Brunswick murió hace menos de seis horas!

—¿Cómo sabe usted eso? —gruñí.

—De la mejor fuente: Mecha, la criada, que anda con el ayudante del comisario de jueves a domingo... ¡Puede fiarse del dato!

—Coartada perfecta, ¿eh?

Se alzó de hombros, observándome con ojuelos relucientes.

—¡Habrà que seguir buscando sospechosos!

(*) Además del Padre de la Historia, otro ilustre practicante de esta tendencia a la omnisciencia narrativa fue Herman Melville: más de un setenta por ciento del relato que hace su personaje Ismael en *Moby Dick* consiste en escenas que nunca presenció, en conversaciones que no tuvo forma de escuchar y en pensamientos íntimos sobre cuya naturaleza sólo pudo especular. ¡Pero el recurso ha demostrado su eficacia!

Fue gracias a las confidencias de Simón, el ubicuo camarero, que pude enterarme de la vinculación entre la hermosa Verónica y el conocido conductor de TV, Goyo Labat...



H ABÍA llegado el momento.

En los jardines del Country, animadora y animador de turno jugaban al pueril “suspense” que debe preceder a la lectura del fallo de los jueces. El público moscardoneaba en torno. Seguramente les encantaba aquello.

Para mí era la primera coronación de Reina de Punta del Este en vivo y en directo. No se me escapaba un elemento singular: parecía que imperaba una marcada uniformidad de criterios entre los circunstantes, en lo que concernía al resultado final.

En primera fila, un jovencito de ojos afiebrados se retorció las manos, intentaba morderse los muñones de las roídas uñas y sudaba a chorros bajo el ardor de los reflectores. Simón me lo había señalado: era Quique Vázquez Sierra, el “novio oficial” de la favorita del certamen.

Hacía un calor considerable. El espectáculo, precariamente organizado, como de costumbre, avanzaba a tropezones, repartiéndose entre gratos desfiles de bellezas en reveladores atuendos, e irritantes intermedios a cargo de “grupos” melódicos de dudosa idoneidad... Creo que dormité por algunos minutos, de forma que me perdí las nominaciones de “misses”, princesas y vicerreina. Me despejé a tiempo, sin embargo, para presenciar el ápice del evento.

-Y AHORA —anunció la acaramelada voz del locutor (un suplente de Labat, quien al parecer no estaba aún visible) — llega el momento que todos hemos estado anticipando. *¿Quién será la Reina de Punta del Este?...* Tengo conmigo el veredicto de los señores del Jurado, un veredicto que sin duda ha debido emitirse con gran dificultad. ¡Porque todas las señoritas merecían la corona, habida cuenta de sus múltiples virtudes! Pero solo una ha de ser electa, y es así que, por unanimidad y tras ardua labor de los señores del Jurado, queda coronada Reina de Punta del Este 1988...

Una pausa, risas nerviosas entre el público, un nene que corría sorteando mesas, silbidos de “acople” en el equipo sonoro, salto en el monitor de TV.

—...acreedora a los fabulosos premios que se ofrecen a la triunfadora..., una montevideana... (aplausos, aclamaciones un poco vacilantes todavía), de la zona de Pocitos... que lleva el número 13...

Ya segura, la ovación invadió el ámbito, ahogando virtualmente la voz del locutor, quien pegó la boca al micrófono para anunciar:

—...¡*Verónica Vallejo!*

Y se adelantó la muchacha, resplandeciente en la gloria de su juventud, enfundada en esa aureola de preconcebida pureza que emana de los pocos años y la buena salud. Realmente se veía como una reina, por encima de nuestras embelesadas miradas: radiante, soberbia.



Resplandeciente en la gloria de su juventud, Verónica se veía como una verdadera reina...

EN ESE instante crucial advertí dos cosas: la primera, el *boyfriend* había desaparecido de su sitio, con seguridad debido a una crisis nerviosa; la segunda —y más directamente conectada conmigo y mis intereses inmediatos—, la llave que aún conservaba en el bolsillo del pantalón (mis dedos tropezaron con ella al buscar un pañuelo), persistía en su secreto, impermeable a mis elucubraciones...

Alguien me tocó en el hombro. Volviéndome, me hallé frente a la cara de Simón, que

por rara excepción no sonreía.

—¿Podría venir un momento conmigo? —inquirió.

...**D**ONDE fuimos estaba fresco, oscuro. Me costó habituar los ojos, tras el deslumbramiento de las luces del Country Club.

—¡Comisario! —me asombré.

Él me saludó con una inclinación de cabeza. Ahora estaba vestido con pantalón largo, aunque el planchado dejaba bastante que desear...

A su lado, Simón se frotaba las manos. Sus ojillos relumbraban en la penumbra, pero sus dientes no se distinguían. Seguía serio, a lo que podía verse.

—*Se repitió* —dijo Noriega, brevemente.

—¿A quién mata...? —musité azorado.

—No, nada de eso —Noriega hizo un ademán impaciente—. Evite dramatizar, ¿quiere? ¡Este se suicidó!

—¿Y le parece que puede existir conexión con...?

—¡Por favor!... —Era evidente que el comisario no había podido perdonarme mi negativa a cooperar—. *¡Esto es la vida real, no un libro de los suyos!*

—¿T ODAVÍA no tiene novedades sobre el otro caso? —pregunté, cándidamente, al comisario.

—Nada —la réplica cortó como un hachazo—. ¿Y usted?
Cerré la boca. Con aquello se dio por terminada la charla informal.

Oficialmente, Noriega, que me sabía presente en la coronación de la Reina, procedió a interrogarme acerca de los movimientos del difunto en los instantes que precedieron a su deceso (pues la víctima se contaba asimismo entre los asistentes a la ceremonia); y al confesarle yo que temía haber cedido por algunos momentos a los reclamos insoslayables de Morfeo, me castigó con una mirada entre desilusionada y cáustica que me deprimió profundamente.

—¡Gracias por su ayuda! —lanzó, mordaz.

—No veo por qué se pone así —protesté—. ¡Le quedan cientos de testigos extra, ahí en los jardines! ¡Llame a cualquiera de los del público!

—¡Novedad...! —Sin duda estaba fastidiado—. ¡Solo que lo había elegido a usted, suponiéndolo más idóneo que los demás! Por la profesión que ejerce, vio...

Tras separarnos, me puse a caminar a la ventura, irritado con todo y con todos, en especial conmigo mismo... Me había propuesto guardar reserva sobre mis subrepticias actividades de *Sherlock Junior*... ¡y tuve que confiárselas precisamente a Simón, el hablador compulsivo! Bien claro estaba que Noriega se había enterado por él de mis torpes andanzas...

Me volví al oír que me llamaban. Otra vez el ubicuo Simón. Comenzaba a alentar, a la sazón, cierto antisemitismo progresivo...

—¡Espere, espere...! —jadeó él, poniéndose a la par de mis zancadas—. ¡Mire que camina ligero usted, cuando está enojado!

—¿Enojado? —le respondí, con un gruñido, sin dejar de andar—. ¿Y se puede saber por qué tendría yo que estar enojado?

—Porque se imagina que el comisario se burla de usted... ¡No, no! —me oprimió el brazo, con esa peculiar gentileza suya que desarmaba—. ¡No se vaya a disgustar conmigo! ¡Él está mucho más desorientado que usted...; *no sabe lo que sabe usted!*

C AMINAMOS por la avenida Roosevelt, luego por la Buenos Aires, en dirección del fresco de la rambla. Había abundante movimiento —la efervescencia de la Península en temporada jamás decrece, y menos de madrugada—, pero afortunadamente nadie nos prestó atención.

Me decidí. Envuelto en el rumor de los vehículos que se sucedían, le hablé con franqueza, aunque evité encararlo:

—Ni el comisario ni yo sabemos gran cosa. Hay solamente una persona que lo sabe todo de todos, Simón, y esa persona es usted... Usted siempre está donde pasan las cosas. ¡No pude dejar de notarlo!

Resonaron nuestros pasos durante cierto tiempo, sin que se escuchasen nuestras voces... Luego, en un lugar menos congestionado:

—Le voy a revelar algo —me dijo Simón—, *pero solo a condición de que se quede*

estrictamente entre usted y yo, al menos en tanto yo viva. ¿Le parece bien?

—Estoy de acuerdo. Diga, Simón..., diga.



-Voy a revelarles un secreto -dijo Simón-. ¡Pero nadie más ha de saberlo, al menos mientras yo esté vivo!... ¿Está de acuerdo?

HABÍAMOS interrumpido la marcha. La solemnidad del momento requería que nos sentásemos, y a tal efecto nos aprovechamos del murete de cierto jardín cuya vivienda, a oscuras, parecía estar vacía.

—Usted no conoce mi nombre... completo, ¿verdad? ¡Pues me llamo Liesenthal de apellido! ¿Le suena?

Pensé unos instantes. Luego se encendió la metafórica bombilla: artículos periodísticos, programas de televisión, estadísticas de trágico horror..., Nüremberg...

—¡Liesenthal! ¡El cazador de nazis! Pero yo creía...

—Ese era mi hermano mayor —manifestó él, con sencillez—. Lo mataron en el Paraguay; pero aún quedamos muchos para continuar su obra... Estuve en el Brasil, en el sesenta y seis; y en Paraguay, en el setenta y cuatro; pero ahora ya no queda mucho por hacer ahí que no pueda atender la Policía local.

"Mis investigaciones me trajeron a esta Punta..., porque supe de mis fuentes acostumbradas que aquí se escondía el único de esos demonios (fuera de Mengele, el "Ángel de la Muerte") que se las había arreglado para escurrirle el bulto a la justicia.

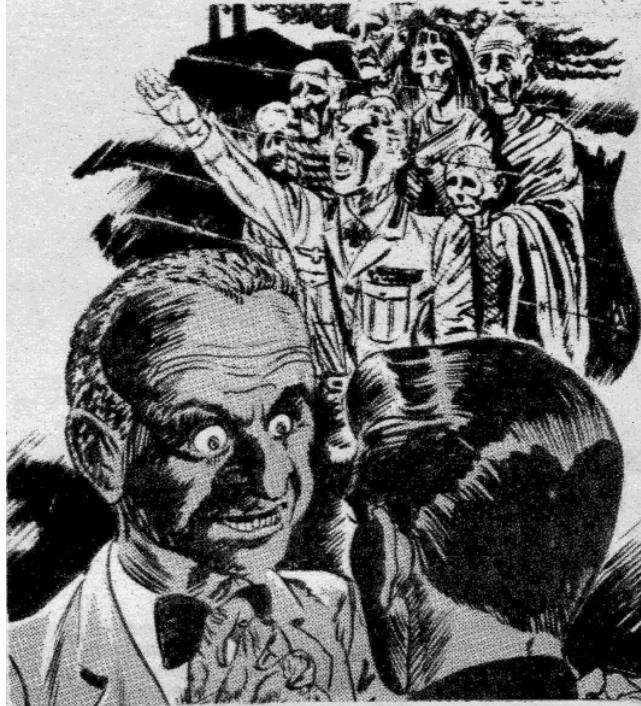
Algo así como un relámpago se disparó en las profundidades de mi esclerótico encéfalo. De repente creí verlo todo claro.

—*¡Brunswick!* —exclamé—. ¡Brunswick..., “el austríaco”! Entonces, él era...

Simón asintió con repetido vaivén de la cabeza,

—¡Brunswick! Y pudo darse el lujo de conservar inclusive uno de sus apellidos, ya que nunca adquirió celebridad. Fue sumamente astuto: dejó que sus jefes se llevaran la gloria..., con lo que obtenía a un tiempo la buena voluntad de estos y una futura impunidad. Sin duda (y no sorprende en una mentalidad como la suya) ha de haber tenido todo fríamente planificado desde un principio, en previsión de un eventual vuelco a favor de los Aliados... *¡Y hasta estas tierras acabó por llegar, procurando eludir su castigo!*

- ¡P ERO quién era, qué fue lo que...?
Los ojos de Simón, aproximándose a los míos, eran como discos de fuego.
—¡Brunswick fue el peor de todos! ¡El Mal encarnado! El ideó las soluciones más eficientes para resolver “rápido y con limpieza” el “problema judío”... Fue él quien concibió a Dachau, a Treblinka, a Auschwitz..., las cámaras de gas colectivas, los experimentos genéticos...



Los ojos de Simón eran como discos de fuego.
¡Brunswick fue el peor de los asesinos! -profirió-.
¡El mal encarnado! ¡Fue él quien concibió
los infiernos de Auschwitz y Treblinka!

”Eichmann, Himmler y Bormann llegaron incluso a convencerse a sí mismos de haber sido los gestores de la infamia..., pero en honor a la verdad ese... mérito le pertenece a Brunswick, el cuasianónimo, el desconocido...

”¡Y lo más repugnante de todo es la *frialdad* absoluta con que perpetró sus atrocidades! Era obvio que para él no representaba sino un trabajo, cuyo buen desempeño había de granjearle pingües beneficios. Ni siquiera odiaba a nuestra raza. Por eso, me imagino, no tuvo reparos en convivir con nosotros cuando así le convino...

Silencio. El hálito perfumado a pinares y a sal jugó en nuestras narices, y a los oídos nos llegaba, envuelto en el rumor perenne de las olas que lamían la arena, el apagado murmullo de los locales de expansión nocturna, el bramar sordo de los motores, bocinazos junto a carcajadas lejanas, voces sin nombre.

—Entonces —murmuré—, se hizo... *justicia*.

L OS DEDOS de Simón, como alambres estremecidos de energía, se cerraron en torno a mi muñeca. Sentí seca la boca y no me atreví a persistir en mi

indagación.

—Así *debió* haber ocurrido, sin duda —susurró Simón—. Quedaría bonito como final de una de sus novelas, ¿verdad?

Carraspeé, incómodo.

—¿Y no fue el caso?

Él sacudió la cabeza.

—No lo hizo ninguno de los de mi organización: le doy mi palabra. Nosotros no buscamos sangre. Es distinto nuestro objetivo: que los culpables vayan a juicio, que el mundo se entere de quiénes fueron y de los crímenes que cometieron. Eso es justicia.

—Ya veo.

—Lo otro... quizás les resulte hasta demasiado fácil.

Vibró en su tono una nota ronca, un matiz de furia vengativa (a pesar de sus palabras) que no me corresponde condenar; solo he cumplido en registrarlo.

Todo aquello me hacía sentir desorientado. Entonces volví a recordar la llave..., el probable jirón de evidencia concreta que aún reposaba en mi bolsillo.

En repentino impulso, se la tendí a Simón.

Si él no sabe explicarme el significado, me dije, pues entonces habrá llegado el momento de abandonarlo todo.

—Encontré esto cerca del cuerpo de Brunswick, entre la arena.

LA TOMÓ. Estuvo observándola por unos minutos bajo la luz de los focos de alumbrado público... De golpe, ante mi sobresalto, bajó la cabeza y emitió varios sonidos cuya afinidad con la risa o el llanto no logré discernir de forma concluyente.

—¡Oh, Dios! —masculló—. ¡Oh, Jehová! Solo aquí... ¡Solo en Punta del Este...!

Me atreví a tomarlo por los hombros. Admito que me había alarmado.

—¿Qué es, Simón? ¿Qué pasa, eh?

—Esta llave... —su voz sonó sarcástica—. A ver, ¿cómo la catalogaría usted, con esa mentalidad suya de... novelista?

—Bueno... Si se tratara de un elemento dramático, gravitante en el desarrollo de una de mis tramas, yo diría que esta llavecita correspondería a la caja sellada de algún banco, digamos, donde Brunswick ocultaba la evidencia de su pasado culpable. Más precisamente, determinada documentación escrita o gráfica, que probaría sin lugar a dudas su vinculación con la execrable...

Me interrumpí. Él se había puesto a reír..., una risita ahogada y cloqueante, que parecía pugnar por estallar en carcajada.

—¡Frío, frío! —murmuró, y me quedé mirándolo sin entender.

- ¡N O, NO, no! —Simón desgranó un risueño gorgoteo.
—¿N-ooo?
—Frio —dictaminó él— ¿Sabe qué es en realidad esta llave?
¡Un duplicado de la de una de las habitaciones del hotel “InnTime”! ¡Totalmente funcional..., como las demás!

Demostre estar totalmente en ayunas.

—¡Vamos! —restalló Simón—. ¿Así que de veras es usted tan verde como aparenta? ¿Y su madurez de autor? ¿No se fijó en el corazoncito diminuto que tiene grabado la llave?

—No le presté atención. No pensé que...

—¿Cómo piensa entonces que se reúnen las parejas que desean evitar un exceso de publicidad para su “affaire”? ¡“InnTime” es el sitio apropiado! Las señoritas que ahí se hospedan mandan hacer duplicados de sus llaves, en el mismo hotel —todas con su primoroso corazoncito estampado—, a fin de que sus amigos puedan visitarlas sin problemas a la hora más conveniente. ¿Lo ve?

—Sí. Sí, claro, pero...

Me di una palmada en la frente.

—¡Ya sé de qué pieza es la llave! —proferí—. ¡Ya sé quién para ahí!

S IMÓN asintió.
—*Verónica Vallejo...*, la flamante Reina. Yo sabía un montón de chismes relativos a ella. Por ejemplo, que aunque posaba como novia más o menos “formal” del atontado Quiquito Vázquez, se veía mucho con Goyo Labat, el de la TV... Claro que este la quería más que nada para que le sirviese de... artículo de persuasión, digamos. Como dulce mediadora, ¿me comprende?, en procura del favor de los poderosos... ¡De esa forma creyó que podía ganarse al viejo Brunswick!

—¡Todo un rico tipo!

—Ella no estaba descontenta con el arreglo —Simón alzó los hombros, sacando el labio inferior—, siempre y cuando, desde luego, se la compensara como correspondía... ¡Vivimos una época muy... particular, hoy día!

—Me imagino lo que habrá sentido Labat —observé—, cuando le fue a ofrecer la chica a Brunswick..., ¡y se enteró de que el viejo ya había andado recogiendo las rosas de ese jardín, por cuenta suya! Supongo —añadí— que los “auspicios” del viejo, le habrán ayudado bastante a la bella Verónica en el concurso...

—Yo estaba al corriente de la situación —dijo Simón—, porque Labat, medio bebido, se me confió, antes de volverse a Montevideo con los sueños deshechos... ¡El que andaba ajeno a todo, en cambio, pobrecito, era precisamente Quique Vázquez..., hasta que la verdad llegó a sus oídos, quizás por boca de la misma Verónica!

- E LLA habrá querido sacudirse un estorbo —medité—, ¡y lo único que consiguió fue que el desgraciado se pegara un tiro!

—No solo eso: ¡primero Quique, enfermo de celos, mató a Brunswick! Luego

no pudo con la carga de esa culpa, sumada a su horrible frustración sentimental, y...

Callamos. Simón me había devuelto la llave, pero ya no sabía qué hacer con ella.

—Posiblemente sea esta llave la única prueba palpable de todo el drama —murmuré. Y elevando la vista hacia Simón—: ¿Por qué no fue más franco con el comisario Noriega, Simón? ¡Si lo hubiese orientado un poco en lo relativo a la verdadera personalidad de Brunswick, o le hubiera comunicado algo de su vinculación con Labat y Verónica, al menos él no habría andado tan a ciegas!

—No es santo de mi devoción, el tal Noriega —repuso él, con desusada sequedad—. ¡Jamás colaboró con nuestra causa! No la considera... *relevante*.

—De cualquier manera —razoné—, es cuestión de tiempo solamente. Muy pronto la pericia balística va a indicar que el arma del crimen y la del suicidio son la misma... ¡No creo que Quique Vázquez haya usado dos! Obró bajo un impulso pasional, y en tales casos no se reflexiona mucho...

SIMÓN me dedicó una sonrisa.

—Bien distinto a sus relatos, ¿eh?

—Completamente. Mis tramas se nutren en el Lugar Común... ¡todo lo contrario de lo que sucede en Punta del Este! Bueno, tenga en cuenta que cuando escribí *Marea Carmesí* yo no conocía esto... —Me puse a reír entre dientes, hablando más conmigo mismo que con Simón—. *Escapar a la venganza de todo un pueblo enardecido..., evadir durante décadas la sed justiciera de la humanidad..., ¡para terminar bajo la bala de un jovencuelo celoso!* ¡Qué ironía!

—Solo en Punta del Este ocurren así las cosas —sonrió Simón.

—¡Solo en Punta del Este! —convine, enfurruñado—. ¡Parece que por acá son alérgicos al convencionalismo literario!

F I N de “SOLO EN PUNTA DEL ESTE”

© copyright 2016, Carlos M. Federici



-El infeliz se pegó un tiro -dijo Simón-. ¡Pero antes, enfermo de celos, había matado a Brunswick!

Novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.

La orilla roja, 1972

Facsímil de las 41 entregas (y “soluciones”) en :

www.idesetautres.be

También “***El asesino no las quiere rubias***” en :

<http://www.idesetautres.be/upload/FEDERICI%20Carlos%20M%20El%20Asesino%20No%20Las%20Quiere%20Rubias.pdf>

Mi trabajo es el crimen, 1974

Dos caras para un crimen, 1982

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/fedirici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com